

## FABULA XVIII.

## TRIBUTO ENVIADO

Ó, cuando más, de un loco Pastorcillo,  
 POR LOS ANIMALES A ALEXANDRO.

Corría entre los antiguos  
 La Fábula que se sigue,  
 Sin que la razon para ello  
 Haya podido ocurrirme.  
 Saque la moralidad  
 El lector, pues así dice.

Habiendo ya publicado  
 La fama, por los confines  
 Del universo, que un hijo  
 De Júpiter, un terrible  
 Alexandro, (no queriendo  
 Dexar cosa alguna libre  
 Bajo los cielos) mandaba  
 Que todos, sus invencibles  
 Manos besasen, Humanos,  
 Quadrúpedos y Reptiles,

Sin excepcion de las Aves;  
 Se creyó que el resistirse  
 Al edicto publicado,  
 Sería hacerse infelices.

En fin, halló todo el mundo  
 Irracional (que de libre  
 Los privilegios gozaba)  
 Que era forzoso avenirse  
 Á recibir nuevas leyes.

Juntáronse, pues, á miles  
 Las Bestias en un desierto;  
 Y despues de varios dimes  
 Y diretes, resolvieron,  
 Que era una cosa imposible  
 Dexar de dar á Alexandro  
 Los tributos, y rendirle  
 Vasallage, como á dueño.

Para estos precisos fines,  
 Determináron enviar  
 Al Ximio; y, para instruirle,

Le pusieron por escrito  
 La arenga; mas fué imposible  
 Los tributos disponer,  
 Pues en aquellos paises,  
 Carecían de oro y plata.  
 Toman de un Príncipe insigne  
 Su vecino (que tenía  
 En sus dominios felices,  
 Muchas riquísimas minas)  
 Todos los maravedises  
 Que importaban los tributos.  
 El Mulo y el Asno, humildes  
 Se ofrecieron á llevarlos.  
 Y, estando para partirse,  
 El Caballo y el Camello  
 Quisieron tambien seguirles.  
 Pusieronse todos quatro  
 En marcha, con su risible  
 Embaxador. — Se encontró  
 La caravana infelice

Con un Leon. Causóla susto  
 Un encuentro tan terrible.

“Me complazco (dixo el Leon)  
 De haberos hallado: el irme  
 Solo pensaba, á llevar  
 Mi tributo, el qual me aflige,  
 Aunque no es de mucho peso.  
 Puede muy bien repartirse  
 Entre los quatro; y, entonces,  
 Desembarazado y libre  
 Quedo para defenderos,  
 En caso que algunos viles  
 Ladrones nos acometan.”

Tuviéron que convenirse,  
 Porque replicar al Leon,  
 Era negocio temible.

Ve aquí, pues, al Leon sin carga,  
 Y viviendo, como dicen,  
 A costa de los demás,  
 Sin que se lo estorbe ó prive

Aquel\* heroe descendiente  
 De Júpiter. — Como dixen,  
 Caminaban, y llegaron  
 A un prado, con mil matices  
 De varias flores cubierto,  
 Regado con apacibles  
 Cristalinos arroyuelos,  
 Donde pacían á miles  
 Los Corderos. En fin, era  
 Un compuesto de jardines,  
 Donde el Zéfiro habitaba.  
 Al llegar allí, se finge  
 Enfermo el Leon, y á los otros,  
 Que sigan su marcha, dice,  
 Porque se siente abrasar  
 De una fiebre que le rinde,  
 Y quiere ver si en el prado  
 Ponerse bueno consigue,  
 Con sus yerbas saludables;

\* Alexandro, que se llamaba hijo de Júpiter.

Pero antes: "restituidme,  
 (Les dixo) mi plata toda.,,  
 Obedeciéron humildes.  
 Desatáronse los tercios;  
 Y viendo el Leon esparcirse,  
 Acá y allá tanto saco  
 De dinero: "¡ó, Dioses (dice)  
 Bendigo vuestra bondad,  
 Pues á mi moneda dísteis  
 Tantas hijas semejantes  
 A sus madres! ; Qué felice  
 Soy!... ; Mirad ya casi todas  
 Las hermanas qual compiten  
 En tamaño con sus madres!  
 Todo esto es mio., — Los tristes,  
 Embaxador y Animales,  
 Se ausentáron, sin decirle  
 Ni una palabra. — Se cuenta,  
 Que al descendiente invencible  
 De Júpiter, se quejaron;







"Necia, ó no (la responde) ya lo he dicho."

Últimamente, hicieron una apuesta.  
Poco importa saber lo que apostaron,  
Ni si asistió algun juez á su contienda.

Eran, para la Liebre, quatro pasos  
No mas; pero de aquellos pasos que ella  
Suele dar, quando Galgos la persiguen,  
Y los dexa burlados sin la presa.

Teniendo tiempo, pues, para pasarse,  
Comer, beber, dormir, y otras haciendas,  
En práctica lo puso muy confiada,  
Y dexó á la Tortuga que anduviera

Con su paso lentísimo. No ostante,  
Sin cesar caminaba, aunque tan lenta.

La Liebre despreciaba la victoria,  
Creyendo con orgullo, que no la era  
Decoroso correr hasta muy tarde.

En fin, quando ya vió que estaba cerca  
Del árbol (la Tortuga, como un rayo  
Tomó hácia el punto dicho la carrera;

Pero fuéronla inútiles sus saltos.  
La Tortuga llegó primero que ella,  
Y la dixo: "¿qué tal, señora Liebre?  
¿De qué la sirve á usted su ligereza?"

Decía bien la sueta, cuando  
Así se le vino á la memoria  
\*\*\*\*\*

### FABULA XXIII.

#### EL BURRO Y SUS AMOS.

De un Jardinero el Burro  
Quejábase al destino porque, aun antes  
De la aurora, le hacían  
Levantar. "Aunque mas el Gallo cante,  
(Dixo entre sí) no creo  
Que el señor mio en madrugada me iguale.  
; Y para qué me llaman?  
Para llevar legumbres, y otras tales  
Frioleras al Mercado.  
; Motivo, á la verdad, bien despreciable."

Dolióse de él la suerte,  
 Y á un Curtidor le dió por amo. — El grande  
 Peso, y olor hediondo  
 De las pieles, causábale mortales  
 Bascas al tal Jumento  
 Impertinente. — “; Quanto mas amable  
 Era mi primer amo!  
 (Decía) ; Que pudiera yo quejarme!  
 Por lo menos, volvía  
 El hocico, tal vez, y, sin afanes,  
 Me hartaba de lechugas;  
 Pero aquí ; ay de mí triste! ya no hay gages,  
 Sino palo y mas palo,  
 Volvió segunda vez á consolarle  
 La suerte, y le acomoda  
 Casa de un Carbonero despreciable.  
 Nuevas quejas el Burro!... Y ;  
 Pero entonces la suerte dixo: “; Cabe  
 Que un Burro mas qué hareres  
 Me dé que cien Monarcas? ; Se persuade

Que es él únicamente  
 El que no está contento en este valle  
 De lágrimas? ; Qué? ; Piensa  
 Que no tengo que hacer mas que escucharle,  
 Decía bien la suerte.  
 Así son puntualmente los mortales,  
 Nunca estamos contentos:  
 Siempre es la suerte actual la intolerable.  
 Con ruegos fatigamos —  
 Al Cielo ; pero aunque éste se mostrase  
 Propicio á los clamores  
 De todos, volveríamos á implorarle.  
 Y estandres. — “; Pues que harémos (le decian  
 A la suerte) si llega á tener hijos?  
 Apenas á un sol solo hay quien resista;  
 Con que media docena son bastantes  
 Para secar los mares, y en cenizas  
 Reducir todo el orbe. Acabarase  
 Los Juncos y Espadanas, que nacen  
 Junto á los rios, y víctimas pronto





Qual el reconocimiento  
De su buena acción sería.

Arrimóla junto al fuego,

Lleno de bondad.— Entonces

Fué del entorpecimiento

Sacudiéndose aquel bicho,

Y con el vigor del cuerpo,

Cobró su cólera vil.

Enderezó un poco el cuello,

Dió un silvido, se enroscó

Con velocidad, y luego

Dió un salto para morder

A su bienhechor y dueño.

“Ingrata (dixo el Villano)

¡ Con que así me das el premio!

Morirás., — Tomó su hacha,

Y á golpes hizo del cuerpo

De la Serpiente tres trozos.

Removiéndose el Insecto

Procuraba reunirse;

Pero fué vano su anhelo.

Bueno es ser caritativo:

Mas ¿ con quien? — Ese es el cuento.

FABULA XXVI.

EL LEON ENFERMO,

Y LA RAPOSA.

El Monarca valiente de los brutos,  
Hallábase en su cueva muy enfermo.

Mandó por un edicto á sus vasallos,  
Que cada especie enviase luego, luego,  
Un diputado á su persona, á quienes  
Ofrecía tratar con miramiento.

Cada especie le envió, como mandaba,  
Su bruto embaxador hecho y derecho.  
Las Raposas tan solo en su retiro  
Se quedáron. — De entre ellas una, esto

Dixo á las otras: "Noto que en el polvo  
 Con toda distincion se ven impresos  
 Los pasos de las bestias, que caminan  
 A dar al real mandato cumplimiento  
 De dias á esta parte; pero no hallo  
 La impresion indicante del regreso  
 De ningun animal de los que han ido.,.,

Las compañeras juntas respondieron:  
 "Tienes razon, amiga: ya el Rey puede  
 Dispensar nuestra raza de este obsequio;  
 Pues vemos cómo se entra en su palacio,  
 Mas salir del palacio á nadie vemos.,.,

## FABULA XXVII.

## EL CAZADOR,

## EL BUYTRE Y LA ALONDRA.

Siempre las injusticias  
 De los perversos sirven á las nuestras  
 De excusa. — ; Tal del mundo  
 Es la ley! — Si pretendes que te tengan  
 Compasion, igualmente  
 Debes con tus hermanos exercerla.

Un Rústico cazaba  
 Con espejo los páxaros. — La idea,  
 Ó brillante fantasma,  
 Atraxo allí una Alondra. — Esto que observa  
 Un Buytre, de los ayres  
 Desciende velocísimo á hacer presa  
 De la Alondra, que estaba  
 Inocente cantando su tragedia.  
 Se habia libertado  
 De la red por el Rústico dispuesta,